

sus citas, la variedad de los asuntos tratados y la galería de personalidades con las que el autor se ha tenido que encargar, repito, merecen que esta tesis sea considerada y estudiada. —ALFREDO VERDOY.

NADAL CAÑELLAS, JUAN, *Jerónimo Nadal. Vida e influjo* (Mensajero-Sal Térrea, Bilbao-Santander 2007), 256p., ISBN: 978-84-271-1731-2.

Juan Nadal Cañellas nos presenta en su libro editado por Mensajero y Sal Terrae la primera biografía de un gran hombre del que el año pasado celebramos los 500 años del nacimiento. Se trata del jesuita P. Jerónimo Nadal Morey, nacido en el barrio judío de Palma de Mallorca en 1507, un año posterior al nacimiento de otro gran personaje de la Compañía, Francisco Javier, apóstol de Oriente. Nos ofrece en veintidós capítulos los principales rasgos de este extraordinario jesuita mallorquín de los primeros tiempos, poco o mal conocido, pero de gran valía humana, intelectual y espiritual.

Después de unas pinceladas familiares, nos ofrece abundantes rasgos de su etapa de estudios en la que destacó en latín, griego y hebreo. Estudió filosofía, teología y matemáticas. En Alcalá fue discípulo de Laínez y Salmerón, pero entonces no coincidió con Ignacio de Loyola ya que éste había dejado la universidad complutense en 1526, mientras que Jerónimo llegó en 1529. En la Sorbona de París (1532-1533) estudiaron al mismo tiempo, en un momento en que Ignacio reunía compañeros y no desaprovechó la posibilidad de conquistar también a Jerónimo Nadal, quien, aunque rechazaba los vicios y frecuentaba los sacramentos, no quería entonces pobreza, humildad y virtudes similares, sino que anhelaba cargos eclesiásticos importantes en su ciudad natal; en un momento dado, el cartujo portugués Manuel Miona, confesor de Ignacio, y suyo, fue quien le planteó la cuestión de formar parte del grupo, aunque no lo demostraba con el ejemplo.

Más tarde, tras haber asumido la línea de no buscar dignidades eclesiásticas, tendría que aceptar, ya de jesuita, el nombramiento que le hizo el papa Julio III como teólogo para asistir al cardenal Morone, y estuvo a punto de asistir al Concilio de Trento, en sustitución del P. Laínez, que se encontraba impedido; el restablecimiento de éste cambió los planes.

Nadie sabe adónde conducen los caminos que se emprenden en la vida y también Nadal tuvo experiencia de esto. La situación política le obligó a abandonar París e instalarse en Aviñón, donde pudo ordenarse de presbítero y recibió el título de doctor en teología. En 1538 regresó a Mallorca; por entonces se aprecia en Jerónimo una postura de no aceptación de los planes de Dios que le llevó a no centrarse ni siquiera en sus predicaciones; incluso somatizó la situación por la que atravesaba, hasta que encontró el sentido de su vida. En julio de 1545 viajó a Roma. El trayecto le llevó tres meses, de modo que llegó a la capital italiana en el mes de octubre. Habló con Jerónimo Doménech y éste le presentó a Ignacio. El interés de muchos se centraba en que hiciera los Ejercicios, pero él no se hallaba dispuesto. Finalmente (1545) se decidió a hacer la experiencia, aunque estaba determinado a no entrar en la Compañía a no ser que el Señor se lo mandase.

Después de un proceso de discernimiento, Nadal ingresó en la Compañía de Jesús en 1545 y fue reconocido por su gran valía. El autor nos presenta las dotes de Ignacio de Loyola como magnífico psicólogo y extraordinario acompañante y pedagogo para tratar y orientar a Jerónimo de acuerdo a su personalidad. Le prestigió como el mejor intérprete del espíritu del nuevo instituto; le nombró comisario general con plenos poderes aunque, al leer el documento por primera vez, Jerónimo lo rompió por humildad; sin embargo el fundador de la Orden le volvió a ratificar en el cargo enviándole un nuevo documento acreditativo.

En esta línea de poner en juego todo lo bueno de Jerónimo Nadal, Ignacio de Loyola le encargó la formación de colegios, la promulgación de las Constituciones de la Compañía de Jesús e incluso nutrió a los sujetos de un gran volumen de escritos, tanto a jesuitas como a comunidades de toda Europa. Fue un constante itinerante para visitar las comunidades a fin de que todos conocieran el texto. Viajó por España, Portugal, Italia y Alemania. Fue rector del Colegio Romano entre los años 1558-1560, ya en tiempos del generalato del P. Diego Laínez, sucesor de S. Ignacio de Loyola. Fue un viajero incansable a lo largo de catorce años. Todos los jesuitas de Europa se vieron con él al menos una vez en su vida y esta dedicación hizo que el P. Jerónimo Nadal influyera más en los sujetos de las dos primeras generaciones de jesuitas de la Orden que el propio Ignacio de Loyola. Con justicia se le aplica el calificativo de «segundo fundador» de la Compañía de Jesús.

Jerónimo murió perteneciendo a la comunidad del noviciado de S. Andrés del Quirinal, en Roma, el año 1580. Y como muy bien afirma Juan Nadal, su etapa en aquella casa no pasó desapercibida, ya que su vida sirvió como modelo para los novicios.

Entre sus obras más destacadas cita: *Evangelicae historiae imagines*, que son de nuevo una incidencia en el pensamiento de Ignacio de Loyola cuando habla de los misterios de la Vida de Cristo en los Ejercicios Espirituales y, desde luego, un anticipo de los métodos activos e interactivos de pastoral catequética y evangélica de entonces y, sin lugar a dudas, de los métodos audiovisuales y de nuevas tecnologías actuales, con comentarios del P. Jerónimo en cada una de las láminas; *Orationis observationes*, una especie de diario espiritual propio, con preciosas noticias sobre su extraordinaria vida interior; y el *Chronicon*, rico de noticias sobre los primeros tiempos de la Compañía. Y si esto fuera poco, no digamos de su influjo en los grandes artistas del momento, tales como Francisco Pacheco, Francisco Ribalta, el P. Melchor Prieto, Rembrandt o la copia que llevó a cabo el artista chino Tong K'i-tch'ang, por no alargarnos en exceso.

Las 241 páginas de texto real o las 250 páginas de texto global están escritas por parte de Juan Nadal Cañellas con un gran rigor histórico y científico que se deja ver en el número de archivos que ha visitado, así como la abundante bibliografía especializada en el tema del P. Jerónimo Nadal y en sus obras, que queda de manifiesto en el aparato crítico. Sin embargo tiene la habilidad de presentarlo al lector con un estilo cercano y sugerente, de forma que «engancha» desde el primer momento. No se trata de ningún cumplido afirmar que tenemos la suerte de acercarnos al P. Jerónimo Nadal Morey de la mano de otro «Nadal», Juan, a quien felicitamos por tan magnífica exposición que nos ofrece ahora con motivo del quinto centenario de su nacimiento.—MIGUEL ÁNGEL ALCALDE ARENZANA.